

presan sus sentimientos en los tres pasajes acabados de citar? ¿Hay en el tercer pasaje alguna variación con respecto á lo que se acostumbra en la secta á que se hace referencia? ¿Cuál de aquellas tres sectas prefieres? ¿Cuál de las tres guarda estrecha semejanza con el Papado? ¿Dónde está Bray? ¿A través de qué reinos se extiende la vida política del Vicario de Bray?

2. Definanse las palabras «saltador», «temblador», «pedante».

3. Trasladar el pasaje siguiente á dialecto cuáquero: «Sir Eduardo Ryan y usted almorzarán conmigo el viernes, 11 de Diciembre.»

De igual manera que otros hombres que juegan con su voluntad y que trabajan con su propósito, Macaulay era muy cauto de la distinción entre trabajo y juego. No llevó nunca á cabo las ocupaciones de su vida por esfuerzos irregulares ó en los dichosos momentos de una febril inspiración. Las gentes han discutido y aún pueden seguir discutiendo si su fama es ó no merecida; pero no hay nadie que habiendo escrito libros pueda dudar que de todos modos consiguió su fin. Tómense al azar—dice Tacqueray—tres páginas cualesquiera de los *Ensayos* ó de la *Historia*, y cualquier lector observador percibe debajo de la corriente de la narración una, dos, tres, una media veintena de alusiones ú otros hechos históricos, caracteres, literatura, poesía, que le son familiares á aquel lector. Un vecino de aquél, que tiene *su* lectura propia y *su* pequeño capital de literatura ordenada en su mente, encuentra nuevos puntos, alusiones, toques felices, indicaciones, que le hacen á su vez admirar no tan sólo la prodigiosa memoria y vasta lectura de su maestro, sino también la admirable actividad y el honesto y humilde trabajo previo de aquel gran estudiante. Ha leído veinte libros para es-

cribir una sentencia; recorre un ciento de millas para hacer una descripción.

Que esta alabanza, aunque elevada, no fué excesiva, está ampliamente demostrado por aquella parte de los escritos de Macaulay que se refieren al periodo en que tenía su historia en curso de preparación. La justicia exige que, aun á riesgo de parecer pesado, se dé una muestra del escrupuloso cuidado y gran energía con que él practicaba sus investigaciones.

Julio 17, 1848.

Querido Ellis: Muchas gracias por su benevolencia. Le ruego haga conocer al doctor Hook, cuando tenga usted una oportunidad, cuán obligado le estoy (1). Los datos que me ha proporcionado (me apesadumbra decirlo), no son de tal exactitud que yo pueda usarlos, pero usted no necesita decirselo. Estoy convencido de que ha padecido alguna equivocación; porque él me envía una parte de los entierros en Leeds en 1685, y con todo, el número es doble que el de los entierros de Manchester en el mismo año. Si las reglas ordinarias de cálculo se aplican á estos datos, hallamos que Leeds debía en 1685 haber contenido 16.000 almas ó cosa así. Ahora, al comienzo de la guerra americana, Leeds contenía sólo 16.000, según consta de una carta del mismo doctor Hook. Nadie puede suponer que allí no hubiera aumento de población desde 1685 á 1775. Por otra parte, ni York ni Exeter contenían 16.000 habitantes en 1685, y nadie que conozca el estado de las cosas en aquel tiempo puede creer que Leeds fuese una ciudad más grande que York y Exeter. Por tanto, se

(1) Mr. Ellis era registrador de Leeds y el doctor Hook su sustituto.

ha cometido algún error ó hubo una extraordinaria mortalidad en Leeds en 1685. En un caso y otro aquellos números no tienen aplicación para mi objeto.

Siempre suyo,

T. B. M.

Julio 27, 1848.

Querido Ellis: Muchas gracias. Wardell (1) es un hombre. Da en su libro una cosa mucho mejor que una lista de entierros, que es una lista de las casas según las relaciones de los cobradores de la contribución sobre ellas. Según ella, aparece que Leeds contenía en 1663 exactamente 1.400 casas, y obsérvese que estaban incluidos todos los ayuntamientos. El número medio de habitantes en cada casa de una ciudad de provincia era, según los mejores escritores estadísticos del siglo XVII, 4,3. Si esta valuación es exacta, Leeds debía, en 1663; contener alrededor de 6.000 almas. Como creció en comercio y riqueza durante el reinado de Carlos II, bien podemos suponer que en 1685 su población estaría muy próxima á 8.000, es decir, que viene á ser la población de Manchester. Era de esperar este resultado puesto que en los autores de aquel tiempo aparecen mencionados, Manchester y Leeds como conteniendo la misma población. Pero esta misma evidencia es una demostración de que hubo algún error acerca del número de entierros, ó que el año de 1685 fué muy enfermizo, de lo que nada se puede inferir. Debía haber muerto una per-

(1) El autor de la Historia municipal de la villa de Leeds.

sona de cada tres casas dentro de los doce meses del año, mortalidad verdaderamente horrible.

Siempre suyo

T. B. MACAULAY.

Debe recordarse que estas dos cartas representan sólo una pequeña parte de las molestias que Macaulay se imponía con objeto de asegurarse de la exactitud de cinco líneas y media de impreso. Tenía, pues, derecho al sentimiento de su propia satisfacción, que, un mes más tarde, confesaba diciendo: «He trabajado y espero que no sin éxito. Mi tercer capítulo, que es la parte más difícil de mi tarea, está hecho y creo que no mal. Cualquiera que lea la descripción de la ciudad de Leeds, los seis párrafos que la preceden y los tres que la siguen puede formar un concepto de los trabajos que aquellos claros y fluidos períodos habrán costado á un autor que empleaba para puntualizar una frase, investigaciones tan concienzudas como no pueden mostrar algunos autores que hablan de Macaulay como ostentoso y superficial.

El 8 de Febrero de 1849, después de la publicación de sus dos primeros volúmenes, escribió en su diario: «Me propongo ahora cambiar el plan de mi Historia. Quiero ponerme de nuevo á estudiar la totalidad del asunto para alcanzar por la lectura y el trabajo un conocimiento completo del reinado de Guillermo. Cuento con poderme tomar unos ocho meses para hacer esto. Debo visitar Holanda, Bélgica, Escocia, Irlanda y Francia escudriñando los archivos holandeses y franceses. Yo deseo ver si está por hacer algo en otras colecciones diplomáticas. Debo ver Londonderry, Boyne, Aghrim, Limerick, Kinsale, Namur de

nuevo, Landen y Steinkirk. Debo revolver cientos y miles de escritos. Lambet y las bibliotecas Bodleiana y otras de Oxford (1), escritos acerca del Devonshire y el Museo británico deben ser revisados tomando notas, y después de esto podré volver el trabajo. Cuando los materiales estén listos y el plan de la Historia trazado en mi mente, deberé escribir con facilidad un término medio de dos de mis páginas diarias. En dos años, á contar desde que comience á escribir, tendré más que terminada mi segunda parte, y entonces me reservaré un año para retocar, pulir é imprimir, y

(1) *Octubre 2, 1854.*—Yo llamé al guardián de Todas las Almas, que es la única alma que reside allí. Estuvo conmigo sumamente atento, dándome el manuscrito del diario de Narciso Luttrell—siete gruesos volúmenes de escritura apretada—y me colocó en una sala muy confortable dejándome completamente solo. Trabajé hasta pasadas las cinco, que me fuí á paseo durante una hora y comí en una fonda leyendo el *Pathfinder*, de Cooper.

Octubre 3.—Voy á Todas las Almas hasta las diez, y trabajo hasta las cinco. Narciso es terriblemente ilegible en 1696. Encuentro algunas cosas curiosas. Los Jacobistas tenían un modo especial de brindar traidoramente, cojeando alrededor de la sala con vasos en sus labios:

Cojear pensando en L. Lewis XIV
I. Jacobo

M. María de Módena
P. Príncipe de Gales.

Octubre, 4.—Fuí á Todas las Almas. A las diez me marché á la biblioteca bodleiana. Revisé los MSS. Tanner y trabajé dos ó tres horas sobre ellos. Después en los MSS. Wharton. Luego en los más notables MSS. Nairne. A las tres me echaron fuera; yo pensé que desde las diez á las tres es muy poco tiempo de tener abierta una biblioteca tan notable.

Octubre, 5.—Folletos en abundancia, pero folletos que puedo tener en cualquier otra parte y caigo de nuevo sobre los MSS. Nairne. Puedo entretenerme allí diez años sin tener un momento de fastidio.

esto me llevaría al otoño de 1853. Me gusta mucho este plan. Comienzo hoy con los despachos de Avaux desde Irlanda, sacados casi todos de un grueso volumen y comparada su narración con la de Jacobo. Allí hay mucho que merece decirse acerca de estos acontecimientos.»

Este programa fué fielmente llevado adelante. Vió á Glencoe con lluvia y con sol: «Sin embargo, aun con sol, ¡qué lugar es! El verdadero valle de la sombra de la muerte.» Hizo también una segunda visita á Killecrankie con el objeto especial de pasear por el antiguo camino que va por la orilla del Garry y comprobar las relaciones del templo empleado por el ejército inglés en subir el camino, que bajaron luego con más rapidez. Las notas tomadas durante sus repetidos paseos ó por los lugares donde acaecieron los acontecimientos de la guerra de Irlanda, son iguales en volumen á un artículo de primera clase en la *Quarterly Review* ó la de *Edimburgo*. Consagró cuatro páginas en folio de escritura apretada á Boyne y seis á Londonderry. Es interesante comparar la forma que cada idea toma conforme nace en su cerebro con aquella con que la presenta en el mundo. Yendo por la orilla del río desde Drogheda está la noticia de que «el país visitado era la comarca más florida de Inglaterra. Campos de cereales, jardines, bosques, se suceden sin interrupción lo mismo que en Kent y Warwickshire.» Y luego añade: «Algunas residencias, campos de trigo y trebol, hermosos árboles:—puede ser llamada una bella comarca aun en Jomersetshire.» En el capítulo XVI de la Historia, estos ligeros apuntes han sido transformados en los párrafos siguientes: «Por debajo yace un valle ahora tan rico y tan encantador que cualquier inglés que lo contemple puede imaginarse

estar en una de las regiones más favorecidas de su propio país, ya altamente favorecido. Campos de trigo, tierras cubiertas de bosque, praderas de trébol y esmaltadas de margaritas, cubren de modo suave las márgenes de Boyne.»

Macaulay pasó dos días en Londonderry y ocupó deliciosamente cada uno de sus minutos. Penetraba en todos los rincones donde se conservaba todavía algún vestigio del pasado, preguntando á cada uno de los habitantes que tenía conocimiento de alguna tradición. Recorrió los suburbios, bosquejó un plano de las calles; solo ó acompañado recorrió cuatro veces las murallas de la ciudad para hacer lo que Thucídides había hecho con Platea. Algunos extractos de las voluminosas relaciones de aquellos dos días, pueden dar idea de lo que Macaulay entendía al decir que había visto una ciudad.

Agosto 31, 1849.—Entrego una tarjeta al capitán Leach de la Inspección de ordenanza, y luego anduvo errante alrededor de las murallas y vió la catedral. Ha sido despojada de su carácter por los arquitectos que trataron de imitar el estilo gótico sin conocer lo que tenían á su alrededor (1). El coro, no obstante, es hermoso é interesante. Vino Leach, un oficial joven y amable, por lo que yo puedo juzgar. Doy con él una vuelta alrededor de la muralla nuevamente. El circuito es corto, puede recorrerse, me parece, en veinte minutos. Luego vamos en un coche, cruzamos el puen-

(1) Sobre la parte más alta del terreno se asienta la catedral, una iglesia que, aunque erigida cuando se había perdido ya el secreto del arte gótico, y aunque de malas condiciones para sostener una comparación con los templos respetables de la Edad Media, no deja de tener gracia y dignidad. *Historia de Inglaterra* por Macaulay, cap. XII.

te de madera, y damos un vistazo á la ciudad desde la orilla opuesta. La columna de Walker (1) está bien colocada y no es despreciable. El honrado predicador, con su aspecto espiritual, está en la cima, arregando con vehemencia y hace una figura bastante aceptable. Luego cruzamos de nuevo el río y fuimos á la sala de Botalón, llamada así á causa de uno memorable. La señora de la casa, una señora muy atenta, vino á recibirnos y funcionó de cicerone. Nos dirigimos hacia la verdadera punta donde sujeta realmente el Botalón. Está asegurado mediante una cadena que se sujeta en la tierra de la orilla, atada á una inmensa piedra. Nuestra hospitalaria guía quiso insistir en que su anillo de hierro fijo en una de las rocas había sido parte del aparato para asegurar el botalón. Me pareció un poco dudoso, pero mis dudas se trocaron bien pronto en certidumbre, porque al levantar la vista, unas cincuenta yardas más arriba, vi otro anillo asegurado á otra roca. No dije nada á la buena señora de lo que pensaba, pero tan pronto como nos hubo dejado, dije á Leach que estos anillos estaban evidentemente puestos allí con el mismo objeto de amarrar navíos. Convino conmigo y pareció admirar mi sagaz incredulidad una gran parte más de lo que merecía.»

Sábado 1.º de Septiembre.—Tan pronto como me

(1) «Una columna alta, que se levanta desde un bastión que resistió durante muchas semanas el esforzado fuego del enemigo, se ve á lo lejos. En lo alto está la estatua de Walker, tal como se hallaba en el último y más terrible aprieto, dando vida con su elocuencia el desmayado valor de sus hermanos. En una mano tiene la Biblia, y con la otra, que apunta hacia el río, parece dirigir la vista de su hambriento auditorio hacia las puntas de los palos de los navíos ingleses surtos en la bahía distante.»